

bres? Y en punto al reconocimiento que se le debe, ¿de quién es mas estimada que de aquellos que continuamente estan oyendo hablar de sus grandezas? ¿Quién tiene mas confianza en ella que sus amados hijos, que la miran como á su única esperanza y su único refugio despues de Dios? ¿Dónde es amada con mas ternura que donde es mejor conocida y donde distribuye mas beneficios? Lo mismo digo de las otras maneras de reconocimiento que dejo enumeradas.

IV. Yo no puedo ocultar mi profundo gozo y agradecimiento por haber merecido de la Virgen la gracia de emplearme muchos años en esos santos y loables ejercicios. Paréceme una obligacion de conciencia el publicar que he visto y experimentado en diversos lugares tan excelentes rasgos de virtud, que cuando considero esas devotas congregaciones, me siento precisado á confesar que el dedo de Dios está ahí, como decian los que presenciaban los prodigios de Moisés (1), á reconocer con el mismo que este es un terreno especialmente favorecido por el Señor (2), á decir con el real profeta que esta es la vid y la posesion escogida de su santa madre (3), vid que ha extendido sus ramas y sus hojas de un mar á otro mar; á confesar con Jacob que esta es verdaderamente la casa de Dios y la puerta del cielo (4), á decir con el mismo que estos son los escuadrones del Dios de los ejércitos (5), á exclamar con Balaam: ¡Qué hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel (6)! En fin me parece tener delante una imágen de la ciudad santa, de que habla S. Juan (7) y donde contempló tantos reyes como ciudadanos, que acudian de

(1) Exod., III.
 (2) Deuter., XI.
 (3) Salmo LXX.
 (4) Genes., XXXVIII.

(5) Genes., XXXII.
 (6) Numer., XXIV.
 (7) Apocal., XXII.

todas partes cada uno con tren y pompa régia. ¡Oh cómo me arrebató y hace remontar el vuelo lo que veo en la tierra! ¡Oh cuál será la hermosura de la Sion celestial, que se compondrá de tantas hermosuras! Dios santo (digo yo para mi), ¿cuáles serán las riquezas provenientes de tanto cúmulo de riquezas y la grandeza nacida de tantas grandezas particulares sin hablar de la hermosura, de las riquezas y de las grandezas del principe de la gloria, que serán capaces de eclipsar todas las del mundo, si su bondad no se complaciera infinito en darles esplendor mas bien que en disminuir su claridad?

CAPITULO XIII.

DEL DUODECIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS, QUE ES PROMOVER SU SERVICIO Y EXTENDER SU GLORIA.

No sé de qué modo mejor pudiera yo concluir estos discursos sobre las grandezas de la madre de Dios que tratando de la manera de promover su servicio y amplificar su gloria: á mi juicio este es el coronamiento de todas las demas especies de reconocimiento.

§. I.—Que el promover el servicio de la madre de Dios y amplificar su gloria es un reconocimiento muy grato para ella, y cuán obligados estamos á hacerlo.

I. Aunque Dios esconde en sus manos la luz y la manda que venga de nuevo, como se lee en el libro de Job, no pensemos que la esconda á su amada hija la Virgen santísima; porque ¿cómo habia de privarla de la luz cuando ella es la fuente de luz, segun la llama S. Juan Damasceno (1) con Crisippo (2), y es la madre de la mis-

(1) Orat. 4 de nativ. B. Virg. (2) Orat. 2 de sancta Maria.

ma luz, como la nombra Hesiquio con S. Epifanio? ¡Oh Virgen santísima, dice este último, madre de la luz eterna, que alumbrá á los coros angélicos y dá en los ojos penetrantes de los serafines, de quien el sol toma su claridad, que ahuyenta las tinieblas del mundo y que con sus hermosos rayos regocija al cielo y á la tierra! ¿Cómo habia Dios de negar la participacion de la luz á aquella á quien él hizo incomparablemente mas resplandeciente que los astros de la mañana y que el sol? ¿Cómo se habia de mostrar ruin de gloria con aquella á quien crió para ser teatro de gloria? ¿Cómo habia de escasear sus gracias á la que no omitió nada para dilatar el reino de él y con todas sus potencias despidió continuamente el agradable olor de la gloria de Dios? ¿No tiene empeñada su palabra de hacer gloriosa á la que fué tan digno instrumento de su gloria y trató de promoverla por todos los medios? Y si está obligado por promesa, ¿puede faltar á ella? Seria un delito dudar de la fidelidad de nuestro Señor. Asi que cuando consideramos el honor y la gloria que se le da en todas partes, no hemos de reconocer otro autor, ni otro promovedor que él mismo, porque ¿quién podia conmovier fuertemente los corazones é inflamar tan ardientemente las voluntades del mundo entero para tributar tanto honor á una simple criatura sino solo aquel que gobierna los corazones, dispone las voluntades y dirige los afectos? Confesemos pues sin disputa que él puso en el alma los primeros impulsos y los primeros instintos y atrajo á los pueblos del oriente y del poniente, del norte y del mediodia para que viniesen á rendirle un homenaje indeciblemente mas respetuoso que el que se debe á las otras criaturas. Confesemos que él quiso hacerla un prodigio de gloria como la habia hecho un prodigio de gracia y santidad. Adoremos los designios que tuvo sobre ella, y confesemos que esta señora no puede menos de deleitarse en el cuidado y esmero con

que promovemos su servicio, ni de recibir esta accion como un reconocimiento muy agradable de los bienes que nos vienen de su mano.

II. Asi lo requiere la entera conformidad que debe de tener con la voluntad de Dios, y el estado en que ahora se halla. Con efecto pues conoce claramente que Dios está resuelto á dar esplendor á su gloria y hacer que su nombre resuene en todas las partes del mundo, ¿por qué ha de poner resistencia, ó mejor por qué no ha de agradecer á los que se emplean en tan honrosa empresa? ¿Por qué no ha de admitir su buena voluntad? ¿Por qué no ha de estimar su afecto? ¿Por qué no ha de coadyuvar á sus intentos? Pero especialmente en su estado actual cuando se halla libre de los asaltos y sorpresas de la vanidad, cuando el honor que se le da, va en derechura á Dios como á su origen y fin, ¿no puede ella apeteerlo sin temor ni recelo? Porque si las sagradas escrituras atestan que los santos ahora que estan cerca de Dios, le piden venganza, siendo mucho mas peligroso solicitar esta que la gloria; ¿cómo hemos de creer que no se complazcan en el honor que les tributamos, y se reconozcan obligados por el ahinco con que los damos á conocer y honrar? Quede pues resuelto que la madre de Dios tiene un particular agradecimiento á los que trabajan para promover su servicio y amplificar su gloria, y que les otorga favores mas singulares y les prepara mas señaladas recompensas. Aprendamos lo que han hecho sus siervos fieles en esta parte y lo que exige de nosotros una buena correspondencia.

§. II.—Diversos medios de promover el servicio y la honra de la madre de Dios.

I. Considerando que las sagradas letras comparan á la virgen Maria con un ejército en orden de bata-

lla (1), que con el lustre de sus armas y su marcial continente pone en fuga al enemigo, creo tener motivo para decir que los que pelean á fin de promover su servicio, componen tambien un ejército sobre manera terrible al infierno. Voy á pasar muestra de él para satisfaccion del lector.

II. El estandarte de esta milicia es una virgen de plata, rodeada de un sol de oro en campo azul con esta divisa, tomada de los deseos que el pueblo hebreo manifestaba respecto de la valerosa Judit (2): *Para que no se aparte tu alabanza de la boca de los hombres.* El capitán general del ejército es Jesus, rey de la gloria, que nunca tuvo igual en promover el servicio y la honra de su amada madre y á cuya orden y por cuyo amor han tomado todos los demas las armas. Los que bajo de su conducta mandan los escuadrones, son los que han instituido congregaciones y levantado compañías de gente resuelta á no perdonar trabajo, ni fatiga para promover la gloria de la reina del cielo. De este número son los fundadores de las órdenes militares y regulares dedicadas especialmente á honrarla y los otros esclarecidos siervos de que he hablado en el capitulo anterior. Solo haré aquí mencion de Santiago Rhem, de la compañía de Jesus, el cual hará unos treinta años instituyó en Alemania la congregacion de la Anunciacion, cuyo principal objeto era hablar y tratar con frecuencia de la Virgen; lo que practicaba con tales sentimientos de devocion, que se veia bien que su boca hablaba segun lo que abundaba en su corazón.

III. La punta corresponde á los santos doctores, que por su eminente ciencia y su zelo singular merecieron ser escogidos de Dios para romper las filas de la ignorancia y de la infidelidad á fin de dar al mundo conocimien-

(1) Cantic., VI.

(2) Judith., XIII. et á 107

to de las grandezas de María. Aquí se distinguen S. Gregorio Taumaturgo, S. Andrés Cretense, S. Metodio, san German de Constantinopla, S. Ildefonso, S. Anselmo, san Bernardo, S. Alberto, S. Buenaventura, el abad Ruperto, S. Bernardino y otros muchos, que inmortalizaron sus nombres con los insignes servicios hechos á nuestra señora.

IV. La caballería se compone de una multitud de invencibles guerreros, que en defensa de los privilegios y títulos honoríficos de la Virgen resistieron á las embestidas de los herejes y forzaron sus escuadrones. El mas notable de ellos es S. Cirilo, patriarca de Alejandria y legado de la santa sede, que presidió el concilio de Efeso, compuesto de doscientos padres, donde se confirmó á María santísima el título glorioso de madre de Dios. En pos de estos vienen otros innumerables, todos ellos gente escogida y animosa, que en diversas épocas pelearon generosamente contra los satélites de Satanás, poseidos de furor y decididos á exterminar, si pudieran, el nombre de María. ¿Por qué no he de poner yo aquí á esos valerosos campeones de nuestra señora, que en España y en otros países han hecho una liga santa para defender la inmaculada concepcion de la virgen María y particularmente los que promovieron esa gloriosa empresa y la llevaron al cabo venciendo infinitas dificultades? Algunos de ellos sellaron con su sangre la promesa que habian hecho de defender esa creencia mientras la iglesia no definiese lo contrario: de este número fué Juan Berkman, religioso de nuestra compañía, como se probó por un escrito encontrado entre sus papeles despues de su muerte.

V. La infantería que puede igualar á las gotas de agua del Océano, comprende á todos los que se han alistado en alguna congregacion especialmente dedicada al servicio de la Virgen, ó á los que fuera de tales ase-

ciaciones han procurado y procuran por sus santas pláticas y otros medios darla á conocer y honrar á los otros.

VI. Las trompetas y clarines de este gran ejército, que sirven para alentar á los soldados de la Virgen y por consiguiente pelean por las manos de todos, son los predicadores, que en todo tiempo han animado el mundo al servicio de nuestra señora. Ya he dicho mas arriba de S. Buenaventura que no contento con haberlo hecho siempre él mismo mientras hablaba en público, luego que fué elegido general de su orden, mandó formalmente á los predicadores que lo hicieran con frecuencia en sus sermones, acordándose de que este era uno de los medios soberanos para atraer la gente á la devoción. Los sabios y devotos escritos de S. Bernardino de Sena manifiestan bien con qué ahinco procuraba inculcar en el ánimo de sus oyentes la excelencia de la reina de los ángeles é inflamarlos en su amor. El P. Alfonso Salmeron, uno de los diez primeros sacerdotes de la compañía de Jesus y bien conocido por sus escritos, observaba fielmente la santa costumbre, cuando predicaba la cuaresma, de dedicar los sábados á la Virgen y hablar de sus alabanzas á los oyentes, sin contar las frecuentes ocasiones que buscaba en sus otros sermones para inflamar á aquellos en el amor de Maria santísima. Lo mismo leemos de otros muchos singularmente afectos á infundir en las almas el sentimiento de esta devoción. Me parece que debo de hacer mencion particular del P. Gonzalez, de grata memoria, el cual tuvo la dicha de dar su vida por la fé cristiana en el reino de Monomotapa. Ardía tanto en su corazon la devoción á la Virgen, que en cuanto se embarcó para aquellas regiones, procuró captarse la amistad del capitán de la nave para poder reunir todos los dias á una hora cómoda la tripulación, como lo hizo, y hablarles de las prerogati-

vas de Maria, verdadera estrella del mar, y de la manera de servirla y honrarla. Con el consentimiento del mismo capitán hizo cantar las letanias de la Virgen primeramente los sábados por la tarde y luego todos los dias, convocando antes por medio de la señal ordinaria á todos los tripulantes.

VII. Los maestros y directores de la artillería son los intérpretes de la sagrada escritura y los otros escritores que emplean la autoridad de los libros santos y de los padres de la iglesia para cañonear á los enemigos y destruir sus trincheras.

VIII. Los ingenieros son los que han discurrido diversas invenciones para honrarla con provecho de las almas y exaltacion del nombre de la misma señora.

IX. Pero hace mucho tiempo que columbro una compañía de caballos ligeros mandada por S. Felipe Benicio, propagador de la orden de los servitas, que viene á reunirse al grueso del ejército. Ya he hablado de él en dos diferentes lugares del tratado tercero. A poco de haber sido confirmada su religion recibió del cielo por especialísima gracia de la madre de Dios el collar de una nueva orden y uno de los títulos mas gloriosos que se han comunicado nunca á ningun hombre. Le recibió en Montamieta cerca de Sena, á donde se habia retirado para impedir su eleccion de sumo pontífice, que tenia ya resuelta el consistorio de cardenales. Tuvo seguridad de ello cuando por la primera vez fué á visitar el corto rebaño de servitas que vivian junto á Florencia. En cuanto bajaron del cielo estos despachos, comenzó á correr la Italia, la Francia, la Alemania, la Sajonia, la Polonia y otros muchos países llevando las nuevas de su legacion é inflamando á cuantos hablaba en el amor y devoción de la Virgen santísima. De vuelta á Italia encontrándose con sus compañeros en un lugar desierto y destituido de todo auxilio humano y estando todos en extremo fatigados y molidos

se pusieron en manos de la divina providencia. En esto Felipe que se habia apartado un trecho para orar, vió venir hácia él unos pastores cargados de pan blanco y otros bastimentos, que se los dieron diciendo: «Tomad, siervos de la Virgen; ahí teneis para el camino.» Dicho esto no se los volvió á ver mas (1).

X. Escoja cada cual su puesto y tome su partido en este gran ejército que pelea para promover la gloria de la virgen María: yo digo francamente que no puedo tener buen concepto del que no quiera alistarse en él. Mas sobre todo los buenos siervos de esta señora procuren formar una serie sin fin de personas dedicadas á su servicio: no se contenten con atraer á algunos, sino obliguenlos á que ganen á otros, y estos á otros, y así hasta el infinito para conspirar con ellos á tan santa empresa y cumplir los deseos del rey David, que decia: «Todo lo que mandó el Señor á nuestros padres que

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Así pues el que tributa profundo respeto á la madre de Dios, sigue la autoridad de la iglesia y el ejemplo de los santos y entra en los designios de nuestro señor Jesucristo. La devoción particular que se profesa á la Virgen, constituye una parte principal de la piedad cristiana; de consiguiente no puede un cristiano cumplir enteramente lo que debe á Dios, si no sirve y venera á aquella que el Señor quiere sea singularmente venerada despues de él; porque es cierto segun el testimonio de S. Bernardo que toda la veneración dada á esta celestial criatura redundará en mayor gloria de su divino hijo. ¡Desgraciadas

aquellas personas, que viviendo entre católicos muestran indiferencia para con la Virgen! Es un ardid del demonio apagar ó por lo menos debilitar esta devoción en el corazón de algunos fieles y desviarlos de muchas prácticas santas aprobadas por toda la iglesia en honor de la madre de Dios, como si fueran contrarias al espíritu primitivo del cristianismo y rebajasen algun tanto el sumo respeto que se debe á Dios solo. Pero lejos de incurrir en esta falta es cierto que uno de los medios mas excelentes de honrar á nuestro señor Jesucristo es el culto religioso que damos á su madre, á quien quiso someterse y obedecer, á quien ensalzó sobre todos los coros de los ángeles.»

hiciesen conocer á sus hijos para que lo supiera la otra generacion, los hijos que nacerán y se levantarán, lo contarán tambien á sus hijos (1).» Háganlo pues así, hasta que se complete el número de los escogidos por la mediación de nuestra amorosa madre. Acuérdense de que así como los pecados mayores son aquellos que no mueren con sus autores, sino que pasan de padres á hijos, de una casa en otra, de ciudad en ciudad y de reino en reino, del mismo modo las buenas obras mas gratas á Dios son las que van multiplicándose y renaciendo siempre de sí por una semilla de inmortalidad que tienen, y por una bendición extraordinaria del cielo. ¡Dichoso el siglo que vea cumplidos estos deseos! ¡Felices las personas á quienes Dios y su santa madre den esta voz de virtud para ser oídas hasta del último hijo de los hombres! ¡Oh qué santa asociación la de los que se emplean con todas sus fuerzas en hacer decir á los siglos siguientes: *Viva Jesus y María: viva María y Jesus!*

CAPITULO XIV.

CONCLUSION DE TODA LA OBRA.

A LA MADRE DE DIOS.

I. Virgen y madre sin par, honor del cielo y de la tierra, ya que no está en mi mano presentarte mas agradables palabras que las de tus siervos, lleva á bien, oh dicha de nuestras almas y objeto de nuestro amor y de nuestras alabanzas, que te diga con S. Ildefon-

(1) Salmo LXXVII.

so (1) que se verían colmados mis deseos si pudiera alabarte tanto como mereces, amarte tanto como es posible, y servirte tanto como puedes desear de una criatura. Pero ¿á dónde voy á parar? ¿Qué es lo que digo? ¿A dónde me lleva mi afecto? La Virgen deja que usen este lenguaje los santos eminentes, en cuya boca está mejor que en la mia. Por mi parte prefiero decirte lo que te decia tu abuelo David despues de cantar las alabanzas del Señor: «Aquí faltan las alabanzas á David, hijo de Jesé;» porque ya quisiese decir que estaba pronto á morir despues de concluida su obra, ya confesase ingénuamente que le faltaban las palabras y conceptos y desconfiaba de llegar á la majestad del asunto, me parece que leyó en el fondo de mi alma para expresar ese sentimiento. Con efecto ya confiese yo que me he rendido al peso de tus grandezas y no he hecho mas que tartamudear en materia tan elevada; de lo cual me glorio, y nada me consuela tanto como el verte tan encumbrada, que no solo los pigmeos, sino los gigantes no pueden llegar al escabelo de tu trono; ya diga yo que terminado el plan de mi obra no me detiene en esta vida mas que tu mandato; entrambas á dos cosas siente mi corazon. Una cosa es subir á contemplar este teatro de magnificencia en el alto empireo y otra desfigurarle en la tierra y hacerle desconocido en algun modo. No obstante pues no ignoras por qué he emprendido esta obra, me basta que lo sepas para decirte con tu querido hijo S. Andrés de Candía (2) que confieso delante del cielo y de la tierra que lo dicho hasta aquí acerca de tus grandezas no es nada en comparacion de lo que es en realidad, y que eso poco proviene de tu bondad, que se ha servido inspirarme el deseo y la vo-

(1) De virginit. Mariæ, c. 1. (2) Homil. 2 de dormit. S. Deip-

luntad de hacerte este corto servicio, sugerir á mi entendimiento los conceptos y llevar mi mano y mi pluma para trazarlos. En esto me reconozco obligado por un nuevo título y quiero que lo sepan todos. Si por ventura en lo que he escrito, hay algo que te agrade y pueda servir para hacerte amar y honrar, á tí sola despues de Dios sea la gloria, y á los que se aficionen á quererte mas y mas, la dicha de cantar tus alabanzas eternamente en el cielo.

II. Y tú, hijo dignisimo de tal madre y gloria de la ciudad santa, no desprecies mi última súplica y permite que te diga con tu gran siervo S. Agustin (1), que tanto te amó, que si es verdad lo que he escrito de tu excelsa madre, á tí antes que á nadie debo las gracias, porque sin tí no era posible hablar acertadamente; y que te suplique humildisimamente aceptes mi buena voluntad y la hagas aceptar de los que te aman. Si por el contrario he faltado á mis deberes; concédeme el perdon que te pido, como que eres mi señor y mi Dios, á quien sea honor y gloria con el Padre y el Espiritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

FIN.

A la mayor gloria de Dios y de su inmaculada madre la virgen Maria.

(1) Sermo de Assumpt.